

El puente y los luceros

Viajaba yo entre Ayacucho y Andahuaylas, hace muchos años. Habíamos partido a mediodía, en un viejo ómnibus manejado por un hombre gordo y pacífico, al que ayudaba un chico de unos doce años, de ojos muy vivaces. Conversé un buen rato con mis vecinos de asiento, pero pronto mi atención se desvió hacia el paisaje. Un paisaje de punas muy altas, donde crecía un ichu tan bravo como la cordillera que se divisaba en el horizonte. Vino después el descenso hacia el río Pampas, al cual llegamos alrededor de las seis y media o siete de la noche.

El chofer aprovechó la ocasión para verificar el nivel del aceite en su motor y detuvo el vehículo en mitad del puente. Le pidió también a su acompañante que subiera para ver si no se había caído alguno de los bultos que transportaban sobre el techo. Zumbaban los mosquitos y en algún sitio cantó una paca-paca. Al cabo de unos minutos reanudamos el viaje. Y habíamos avanzado un par de kilómetros cuando alguien preguntó: “¿Y el ayudante?”. “Se habrá echado a dormir ahí arriba”, dijo el conductor. Una cierta inquietud, sin embargo, le impulsó a detener de nuevo el autobús y llamar por la ventanilla: “¡Julián!”. Nadie contestó. El hombre bajó de la cabina y subió a buscarlo. Ni rastro del jovencito. ¿Qué podía haber pasado? El gordo descendió, perplejo, y dijo preocupado: “A lo mejor se ha caído”. Sí, era probable. Empezó pues de inmediato el retorno, pero a reducida velocidad, para buscar

con la vista al muchacho en el camino. Después de un lapso que nos pareció interminable, y sin ningún resultado, llegamos otra vez al puente. Y allí estaba Julián, pero no en la vía o apoyado en una de las barandas, esperándonos, sino instalado en lo alto en dos travesaños de la estructura metálica, como en una hamaca, y llamando y haciéndonos señas. ¿Qué había pasado?

Julián explicó que luego de inspeccionar el equipaje, y mientras su jefe revisaba el lubricante, se había encaramado a las vigas del puente para hacer ejercicio y columpiarse, después de horas de tediosa inmovilidad. Y estaba así, solazándose, cuando el ómnibus arrancó de pronto sin dejarle tiempo para bajar. “¿Y qué hiciste, zamorro?”, le preguntó un campesino. Julián contestó, sonriendo: “¿Qué iba a hacer? Me puse a mirar los luceros...”. Y sonrió, de nuevo, mientras nosotros volvíamos a nuestros sitios y nos acomodábamos para proseguir el viaje. El chofer, por su parte, se echó a reír.

Yo pensé en la infantil espontaneidad con que el jovencito se había puesto a jugar en esos travesaños, que tan impensadamente habían quedado a su alcance. Había cedido a la tentación y al desafío que representaron a sus ojos, sin preocuparse por el riesgo. Y luego, cuando el ómnibus partió y se quedó encaramado allí en los fierros, no se asustó y menos intentó un peligroso descenso por los portantes. Aguardó, simplemente, confiado en que volverían a buscarlo.

¿No hubo, en su conducta, todo un ejemplo? Vivió el presente con la transparencia y vitalidad con que lo viven los niños, y así, y con la misma naturalidad con que se puso a columpiarse, se entretuvo luego en la contemplación de los luceros, sin espantarse por la obscuridad ni por el canto de esa ave de mal agüero. Y con la misma disponibilidad, una vez que reiniciamos nuestro recorrido, se acomodó sobre una manta y se echó a dormir.

¿No nos dio una temprana lección de sabiduría? ¿No deberíamos hacer algo semejante para hallar, aunque sólo fuera por momentos, una forma de felicidad? ¡Tenemos tanto que aprender de la infancia!